

Todas estas poesías, igualmente que las contenidas en el libro primero, pertenecen á la primera juventud del Autor; por eso ha parecido conveniente aclarar con algunas notas aquellas alusiones, que por remotas de la época presente, puedan parecer oscuras.

DEL GÉNERO SATÍRICO.

LA FUNCION DE VACAS.

GRANDE alboroto, mucha confusion,
 Voces de vaya y venga el boletin,
 Gran prisa por sentarse en un tablon,
 Mucho soldado sobre su rocin:
 Ya se empieza el magnifico pregon,
 Ya hace señal Simon con el clarin,
 El pregonero grita: „Manda el Rey;”
 Todo para anunciar que sale un buey.

Luego el toro feroz sale corriendo;
 (Pienso que mas de miedo que de ira)
 Todo el mundo al mirarle tan tremendo,
 Ligero hácia las vallas se retira:
 Párase en medio el buey; y yo comprendo,
 Del ceño con que á todas partes mira,
 Que iba diciendo en si el animal manso:
 „Por fin, aquí me matan, y descanso.”

Sale luego á echar plantas á la plaza
 Un jaque presumido de ligero;
 Záfio, tórpe, soez, y con mas traza
 De mozo de cordel que de torero:
 Vase acercando al toro con cachaza;
 Mas no bien llega á ver que el bruto fiero
 Parte tras él furioso como un diablo,
 Vuelve la espalda, y dice: „Guarda Pablo.”

Síguese á tan gloriosa maravilla
 Un general aplauso de la gente:
 Uno le grita: „corre que te pillá.”
 Otro le dice: „bárbaro detente.”
 Y al escuchar lo que el concurso chillá,
 Iba diciendo el corredor valiente:
 „¿Para qué os quiero, pies? dadme socorro;
 ¿No es corrida de bestias? pues yo corro.”

Á las primeras vueltas ya se halla
 El toro solo en medio de la arena;
 Por no saber qué hacerse va á la valla
 Á ver si en algun tonto el cuerno estrena;
 Mas desde allí la tímida canalla,
 Que estando en salvo de valor se llena,
 Al pobre huey ablandan el cogote,
 Unos con pincho, y otros con garrote.

En esto con su capa colorada

Sale á la plaza un malcarado pillo,
 Puesto en jarras, la vista atravesada,
 Y escupiendo al traves por el colmillo,
 Dice con una voz agacharada :
 „Echen, echenme acá el animalillo.”
 Mas viene el buey; él piensa que le atrapa;
 Quiere echarle la capa, pero escapa.

Hecha al fin la señal de retirada,
 Que en otras partes suele ser de entierro,
 Pues muere el animal de una estocada,
 Ó á las furiosas presas de algun perro;
 Sale el manso y pastor de la vacada,
 Y al reclamo del áspero cencerro,
 La plaza al punto el buey desembaraza,
 Quedando otros mas bueyes en la plaza.



EL JUGADOR.

SONETO.

ESTE sí que es el modo verdadero
De aprovechar el tiempo; esta si es brava
Ocupacion, en la que ayer estaba
Con sus sentidos cinco un hombre entero.

Decía yo, á la izquierda del banquero
Caerán el as y el tres : no lo acertaba :
¿ Parece que la cosa no importaba ?
Pues importó todito mi dinero :

Y aun mas, que mi palabra es muy segura,
Y sobre ella tambien quiso fiarme
El otro, que fiaba en su ventura.

Perdí, me sofoqué; y al retirarme
Me dió un aire, cogí una calentura,
Y no tuve despues con que curarme.

EL MARIDO PACIENTE.



EPÍGRAMA.

¡HASTA chismosa has de ser!

¡Hasta de vergüenza poca!

¡Hasta presumida y loca!

Dijo Fabio á su muger.

¡Jesus qué mal humor gastas!

(Respondió ella con viveza)

Yo no sé cómo hay cabeza

Que pueda aguantar tus astas.



A una moza que se preciaba de tener muchos cortejos, y se le caían los dientes.



EPÍGRAMA.

PEPA tiene por despojos

Mil amantes que la quieren;

Y ella dice que se hieren

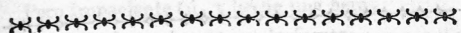
En las flechas de sus ojos.

Yo digo: Pepa, es mentira,

Tus ojos son inocentes;

Tu boca no, que los dientes

En lugar de flechas tira.



A los que con solo una tintura de gramática creen poder juzgar en toda la literatura, aplicándoles la sentencia de Apeles:

Ne sutor ultra crepidam.

SONETO.

ANTE los ojos del concurso Griego
 Puso Apeles un rasgo de su mano;
 Era la copia del Pastor Troyano,
 Causa fatal del memorable fuego.

Consultaba el Pintor con blando ruego
 Los votos de uno y otro ciudadano:
 Censura la sandalia un artesano,
 Y el divino pincel la enmienda luego.

Entonces lleno de soberbia el necio
 Pretende hacer ridiculo aparato
 De todo su saber, y en tono recio

Censuró lo mas bello del retrato;
 Pero Apeles volviendo con desprecio
 Le dice: *Zapatero á tu zapato.*

LA GUERRA GALANA.*

EPÍSTOLA.

APOSTARÉ, Belén, que si recibes
Esta Epístola Bética en tu mano,
Quién es el que te escribe no concibes,
Conociendo no ser tu primo-hermano: †
Bueno es que de este gusto ahora te prives,
Pues aun para decírtelo es temprano,
Y te basta saber que yo te estimo
Mas que ningun hermano y ningun primo.

* A una dama discreta, que ofendida de que se hubiera concluido á favor de otra señora un soneto, cuyo principio estaba hecho por otro autor para ella, remitiendo á Jerez el soneto original; le da la preferencia sobre el nuevo, y decide que su autor no conoce el arte de hacer versos.

† Amigo del autor que residia en Jerez, primo de la interesada, y motor de esta controversia.

Pero impaciente tú, y hecha una fiera,
 Te das blandas palmadas en la frente:
 Y dices entre tí, ¡ mas qué si fuera
 Un Jerezano chusco este insolente
 De estos que con su espada y su montera
 Van perdonando vidas á la gente!
 „Pues si yo le cogiera cara á cara,
 Mil vidas que tuviera le quitará.”

¡Qué gusto me da el ver que te enfureces!
 Así me hace mas gracia una belleza:
 Ya pones, maldiciéndome mil veces,
 Á pública subasta mi cabeza:
 Un beso de tu linda boca ofreces
 (Para darme el castigo con presteza)
 Á aquel que te descubra tu enemigo;
 ¿ Si? pues dame á mi el beso, y te lo digo.

Yo soy claro, Señora, no os asombre:
 Desnuda la verdad voy á ponerlos;
 Que al cabo es hembra la verdad, no hombre,
 Y no debes temer el verla encueros:
 Solo procuraré callar mi nombre,
 Que es de aspereza tal, que es exponeros,
 Si acaso vais á pronunciarlo airada,
 Á llagar vuestra lengua delicada.

Te engañas ciertamente si es que piensas
 Que soy traidor, porque mi nombre oculto:
 No porque me divierta á tus expensas,
 Seré capaz de hacerte algun insulto:
 Para vengar mis públicas ofensas
 Me ocurre de baldones un tumulto;
 Pero al llegar las voces á mis labios,
 Se vuelven en requiebros los agravios.

Pero, Belén, en vano desconoces
 Á quien en tu piedad busca un asilo,
 Y mas cuando el refran te dice á voces
 Que saques el ovillo por el hilo:
 Pues ven acá, tirana, ¿ no conoces
 Por lo frio y lo seco del estilo,
 Que es el insulso Autor de aquel soneto
 Contra quien fulminaste tu decreto?

Aquel que tuvo la insolente audacia
 De un soneto que estaba á vos compuesto,
 Darle otra conclusion fria y sin gracia,
 Poniendo el nombre de otra en vuestro puesto:
 Por esto solo caigo en tu desgracia,
 Por esto me condenas, ¿ y por esto
 Llamas á mi soneto frio y soso,
 Y al del otro salado y sentencioso?

Pues me atrevo á decir en el aprieto
 En que tus fieras iras me han metido,
 Que no tiene de bueno ese soneto
 Sino el estaros, niña, dirigido:
 Bien es verdad que en el primer cuarteto
 Parece que el Poeta enardecido
 Quiere llegar al cielo; mas la fiesta
 Valiente coscorrón despues le cuesta.

Yo, el vencedor de la amorosa aljaba...
 ¡Qué talento de Autor, denle la palma:
 La Musa á rajatablas le soplabá:
 ¡Qué fuego! ¡qué expresion! ¡pero qué calma
 Le sucedió despues! ¡y cómo acaba,
 Hablando con el dueño de su alma,
 Despues de tanto ruido y vocería
 Con una frigidísima tontería!

Empuña el gran Poeta su clarín,
 Préstale todo el mundo su atencion,
 Veremos qué resulta en limpio al fin:
 El parto de los montes, un ratón:
 Esos versos con tanto retintín,
 Es fuerza confesarlo sin pasion,
 No solo indignos de Belén estan,
 Mas de la misma burra de Balan.

Como al que dan un vaso de sorbete,
 Y no ha visto sorbetes en su vida,
 Que el bárbaro al principio se promete
 Engullirse á bocados la bebida;
 Pero apenas resuelto se entromete
 El frigido tarugo, amortecida
 Se le queda la boca medio abierta,
 Tiosos los dientes, y la lengua yerta:

Lo mismo á mí, teniendo embarazadas
 Las manos del soneto impertinente,
 Empiezan á ponérseme moradas
 Las uñas, y yo á dar diente con diente;
 Queríanme persuadir mis camaradas
 Que de tercianas era el accidente,
 Y siguiendo la ley de medicina
 Estuve ya si tomo ó no la quina.

Hablar de la medida no he querido,
 Porque en ella se encuentran mil trabajos;
 De música un papel me ha parecido,
 Con unos puntos altos y otros bajos:
 Se me antoja que Apolo enfurecido
 Mirando juntos tantos versos majos,
 Á palos embistió lleno de enojo,
 Y un verso dejó manco, el otro cojo.

Mas si el soneto estaba de tu gusto,
 ¿Quién me manda, Belén, reñir contigo?
 No quiero ocasionarte mas disgusto;
 De tus amigos voy á ser amigo.
 Diré en elogio suyo, pues es justo,
 Que es soneto del tiempo; y no lo digo
 Porque él esté compuesto á lo moderno,
 Sino porque ahora estamos en invierno.

No me mueve á decir la verdad pura
 El que contra mí dices tu decreto,
 Sino el ver que compongan con frescura,
 Teniendo en tu beldad tan noble objeto:
 Yo, si celebrar quiero la hermosura,
 Y mas si amor me tiene á ella sujeto,
 Tanto ensalzar mi pobre estilo busco,
 Que en la esfera del fuego le chamusco.

En la esfera del fuego, ó bien mezclara,
 Con los rayos del sol mis versos flojos,
 Si para enardecerme no bastara
 El fuego, Belencita, de tus ojos:
 Tus ojos, que lidiando cara á cara
 Al mismo Amor arrancan los despojos,
 Y le hacen confesar entre sus glorias,
 Que no hay lauros sin ellos ni victorias.

Si acaso andūve en algo descompuesto,
 Concédeme el perdón, no seas esquiva;
 Bien ves está mi amor á tus pies puesto,
 Aunque mi pensamiento mas arriba:
 Y á la menor sonrisa de tu gesto,
 Á la menor mirada compasiva,
 Al menor sí que de tu boca exhales
 Harás de mí el mayor de los mortales.

A una Morena que negaba su amor.

SONETO

EPÍGRAMA.

NIEGA estar enamorada

Cierta morena hermosura :

La creen porque lo jura

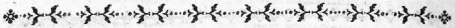
Sin ponerse colorada :

Al contrario yo presumo,

Del juramento á despecho,

Que guarda fuego en su pecho,

Pues le sube al rostro el humo.



Contra los ignorantes presumidos, hablando con D. Quijote de la Mancha.



SONETO.

¡QUÉ hace vuestra merced que no arremete,
Ó Don Quijote, y con sin par bravura
Rompe la envejecida sepultura
En que os dejó tendido Cide-Hamete!

La adarga embrace, vista el coselete,
Y blandiendo en la diestra lanza dura,
Embista la canalla sin ventura
De sandios que á eruditos se nos mete.

Mas ya os oigo decir hácia mí vuelto:
„Non mi quietud con voces alborotes,
Ni demandes mi ayuda asaz resuelto;

„Pues te fago saber, y es bien lo notes,
Que si anda agora el mundo tan revuelto,
Es solo porque en él sobran Quijotes.”

EPISTOLA A UN AMIGO. ¹

EN este temblador y alarbe suelo,
Para cuya conquista y obediencia
Bastó algun dia un español capelo ; ²
Gastando estamos meses y paciencia
Muchos marinos, muchos batallones,
Y gran copia de usia y de excelencia.
¿Y aquí me piden versos tus renglones
Cual si viviera en el Parnaso amado?
Pidiéranme venablos ó cañones.

1 Despues del terremoto de Oran escribe el Autor desde aquella bahía , donde se hallaba embarcado en un buque en que estaba arbolada la corneta ó insignia del general del apostadero , censurando la inaccion de nuestras armas , la desigualdad de algunos premios debidos al favor ; y al fin pintando las cacerias poco felices en que se entretenian los oficiales.

2 El célebre Cardenal Cisneros.

Que entre escombros y ruinas sepultado

 Mi númen yace, envuelto en telarañas,
 De nuevas ruinas siempre amenazado.

Y aun tan hecho el mezquino á malas mañas,

 Que se burla al decirle que me cante
 De nuestros heroes nuevos las hazañas.

„Para cantar (me dice) en un instante

 Esos triunfos de poco mas ó menos

 Con dos coplas del polo habrá bastante.”

¡Hay mas perversa Musa ! ¡ estamos buenos !

 ¿ Son estas aventuras del Quijote,

 Ó insignes hechos de heroismo llenos ?

„Calla, dice, simplon de capirote,

 Tantas glorias conviértelas en cero,

 Y, si acertarlo quieres, en cerote.

Si hubiera habido un heroe verdadero

 Entre tantos, el Moro que quedara

 Que me lo claven en la frente quiero.

¡Ó si el buen Cid Rodrigo levantara

 De la sepulcral lápida el volúmen

 Sacando al sol su macilenta cara !

Si no se ahogara en risa, que me emplumen,

Aun no juzgando dignos de su enojo
 Á cuantos de valientes hoy presumen.
 ¡Por cierto, nos diria, lindo arrojo
 Es acechar los Moros á distancia
 Donde apenas se ven con el antejo!
 El refran de *á mas Moros mas ganancia*,
 Que hizo el valor verdad de Pero-grullo,
 Ya lo gradúa el miedo de arrogancia.
 Nunca de la razon yo me escabullo;
 Un jayan fui, no supe hacer trincheras,
 Pero trinché á los Moros el orgullo.
 El lienzo tremolante en las banderas
 Fue el solo murallón que en la batalla
 Opuse á las contrarias armas fieras.
 Mas gente de la bárbara canalla
 Ha espachurrado á coces mi Babieca
 Que tantas bombas, balas y metralla.
 Difunto estoy, y si me da jaqueca,
 Y casualmente pego un estornudo,
 Temblará el zancarrón allá en la Meca."
 Esto dijera el Cid; y no lo dudo,
 Que cual funesto escudo de Minerva,

Murieron Moros al mirar su escudo.
 Esto dijera al ver que en la caterva
 Alarbe emplea envilecida España
 Vanamente el vigor que en sí reserva.
 Esto al ver los pertrechos en campaña,
 Y perseguir con tiros de cañones
 Á los que él persiguió con una caña.
 Si para un bruto tantas prevenciones,
 ¡Cómo resistirá el poder unido
 De fuertes y políticas naciones!
 ¡Tal enjambre de premios repartido
 En unos, cuyos méritos ignoro,
 En otros, que ni aun ellos lo han sabido!
 ¡Ó Febo, tu sagrada luz imploro,
 Préstamela, si acaso no la ofusca
 Tanta brillante charretera de oro!
 Imitaré la extravagancia chusca
 Del Ciníco, que armado de linterna,
 Un hombre en medio de los hombres busca. Y
 Pero mi musa, bachillera eterna,
 Como débil muger, se inquieta, y salta
 Si en agenos negocios no se interna.

¡Qué le importará á ella que en voz alta
 Llamen valiente al que para gallina
 Solo el verle poner huevos nos falta!
 Siempre á morder ó censurar se inclina,
 Y á la tonta le pega lo censora
 Como á un padre Prior la carabina.
 Veremos si el humor se le mejora
 Al leer en tu carta el nuevo grado
 Con que la Patria tu valor decora.
 Mas la taimada al cabo ha reparado
 Que otros lleven los hombros de oro llenos,
 Y tú muestres el uno tan pelado.
 Los grados para cátedra son buenos;
 Que el magnánimo pecho no repara
 En sesenta minutos mas ó menos.
 Si el valor, como debe, se premiara,
 Vieras entre dos gruesas charreteras
 Colorear tu rubicunda cara.
 Yo no sé cómo chanzas tan ligeras
 Puede seguir quien vive en un presidio
 Donde le afligen tan pesadas veras.
 Mi situacion comparo á la de Ovidio,

Pues no será peor que Oran el Ponto:
 Tal es mi suerte, que la suya envidio.
 No hay otra diferencia, por el pronto,
 Que ser destierro el Ponto de un gran sabio,
 Y serlo Oran en mí de un pobre tonto.
 Las mismas amarguras por tu labio
 Probaste tú también; mas la dulzura
 Hallaste al fin, que por hallar yo rabio.
 De día en día va mi desventura
 En perseguirme haciéndose reacia,
 Y con nuevas amarras me asegura.
 Mi vista nunca de mirar se sacia
 En el tope la insignia de dos cuernos,
 Que en nuestras frentes es de mala gracia.
 Mas gustoso pasara cien inviernos,
 Ayudando al flemático Caronte
 A llenar de fantasmas los infiernos,
 Que contemplar tan tétrico horizonte
 En mi buque infeliz, del que no salgo
 Sino como las cabras para el monte.
 En él de nada sirvo, nada valgo:
 Solo cuando los otros van á caza

Suelo suplir la falta de algun galgo.

Bien puedes inferir qué linda traza

De cazas, pues son útiles en ellas

Los desmayados ojos de Arr....!

De tanto cazador sigo las huellas,

Y armado con un chuzo, á lo sereno,

Parece voy pinchando las estrellas.

En caza hierva el áspero terreno:

Mas de tantos que espuman sus hervores

No hay quien nos sepa dar un caldo bueno.

Armados de escopetas las mejores;

Aunque segun lo que ellos van cazando

Mejor lo harán con plato y tenedores.

Las aves mansamente van volando;

Un conejo se espulga en cada mata,

Sin tener miedo al venatorio bando.

Mucho en al apuntar se disparata:

Hay tiro que tan solo acertaría

Si pudiera salir por la culata.

Pues solamente así se enmendaría

Volando las perdices hácia el Norte

Parar la municion al Mediodia.

Conviene al largo asunto dar un corte.

Á Dios: que ya me anuncia la campana

Caza de mas substancia y mas importe.

Voy á comer: y á fe con buena gana.



...»-----«...
 La fábula de las fábulas, ó la Raposa y
 los Perros de Roman.

♦♦♦
 ADVERTENCIA.

EN unos años en que reinaba en la Corte una plaga de fábulas (como la pudiera haber de tercianas) satirizaron al Autor en una de ellas, haciendo decir mil disparates á un pobre *Alano* y un *Perdiguero* introducidos á conversacion con Apolo por uno que se firmaba *Roman de Pinos*. En respuesta se hizo la siguiente, que restañó el flujo de fabulizar que atormentaba al criticastro; con sumo gusto de Madrid, y para sosiego del arca de Noé, de donde hacia la requisicion de alimañas para interlocutores de sus fábulas.

FABULA.

La Raposa y los Perros de Roman.



FIERO tropel de coces y patadas,
 Y de galopes dura trapisonada
 Dejaba estremecidas y atronadas
 Las comarcas del Pindo á la redonda:
 Eran los animales que á bandadas
 Abandonaban las antiguas cuevas,
 Corriendo á guarecerse en otras nuevas
 De un Sátiro al furor mas ignoradas.
 De pánico terror sobrecogidas
 Las opuestas especies confundidas,
 (Que suele hacer amigos la desgracia)
 Iba corriendo igual en eficacia
 Junto al torvo leon el tigre fiero,
 Y junto al lobo el tímido cordero.

En estas confusiones una Zorra,
 Que iba tambien huyendo del fracaso,
 Mas echó el guante á una gallina al paso,
 Empezó á cavilar: „ya que una corra,
 Á lo menos sepamos nuestro daño,
 No sea que el engaño
 Á perdicion me traiga,
 Y por huir el mal, en el mal caiga.“
 Dice, y revuelve los sagaces ojos;
 Y entre unos pinos (¡San Roman me asista!)
 Dos Perros se le ofrecen á la vista,
 Mustíos, caidos, magullados, cojos,
 Y aullando en tiple á modo de cerrojos.
 La Zorra al arrostrar el caso horrendo
 Un salto dió hácia atras; cuentan algunos
 Que fue de compasion, y otros mas tunos
 Dicen que fue sintiendo
 Que no fueran gazapos los tullidos,
 Á quienes interrumpe los aullidos.
 Asi la muy ladina,
 Lamiéndose de plumas de gallina
 El falso labio, meneando el hopo,

(Que asimismito lo refiere Esopo):

„¿Quién os derrenga las robustas ancas,

Hermanos canes, con indigno trato,

Á ti Alano, á pesar de tus carlanças,

Y Perdiguero á ti con tanto olfato?

Mas si el dolor vuestra oratoria corta,

Y no podeis contar vuestros apuros,

Vamos á lo que importa;

Decid : ¿donde estaremos mas seguros?”

Levantando el hocico de la tierra

El Alano responde en lengua perra:

„Guay, guay de ti, Raposa, si no corres:

Que aunque cayeran sobre ti cien torres

Fuera menos que el mal que nos derrenga,

Guay, guarte que no venga

El Sátiro que caza

Con una de las dos puertas de Gaza,

Que Sanson transportó sobre los lomos,

La máquina que á todos pone susto,

De que nosotros ya victima somos,

Es un tablon de *pino* el mas robusto,

Barreado de versos, como plomos,

Tachonado de ripios, como clavos,
 Y pobres consonantes á los cabos,
 Forzado cada cual con su cadena.

Este tablon, que él llama á boca llena

Fábula original, con pobre orgullo,

Es quien nos tiene en un continuo aullo,

Pues lo dejó caer sobre nosotros,

Y allí embutidos como en duros potros,

Perdimos de dolor hasta el instinto;

Sugiriéndonos él tal laberinto

De vaciedades, y una prosa en rima

Tan áspera, tan ruda é importuna,

Que es mas dulce tener la tos perruna.

Las fieras con temor de que las balle

Y las derribe el *fabulario* encima,

Unas se arrojan de la cima al valle,

Otras del valle trepan á la cima.”

Mientras el derrengado se lamenta

La sorda barahunda se acrecienta:

Tiembla la firme tierra rebatida

Con tanto golpe de pezuña hendida:

Estallaban los duros alcornoques

De los fugaces ciervos á los choqués,
 Que topando con ellos ciegamente,
 Desenramaban la frondosa frente;
 Y en medio de esta broma
 El Fabulero cazador asoma,
 El ancho y rudo fabulon alzado,
 Y al que coge debajo lo desloma.
 La Zorra, encaramada en un collado
 Apenas le ve dice: „toma, toma,
 ;El Sátiro no es este que algun dia
 Se llamó en el Parnaso *Traga-libros*,
 Y Febo lo expulsó, porque veia
 Que los tragaba, y no los digería?“
 Cuando en virtud de la ferrada tabla
 Se hallaron los cuadrúpedos con habla;
 Y las primeras voces
 Que llevaron los zéfiros veloces,
 Y los primeros ecos
 Que revocaron los profundos huecos
 Gritaban á los mártires caninos:
 „*Roman de Pinos*, guay, *Roman de Pinos*.“
 Mientras clamaban todos, la Raposa

Se burla, y pone pies en polvorosa.

De esta fábula tú (ni yo tampoco)

Lector amigo, aunque te vuelvas loco,

Podrás sacar moralidad ninguna.

Por ella no se ve que la fortuna

Ayude al mas valiente ó mas cobarde;

Que debamos morir pronto ni tarde;

Ni cuales de virtud son los caminos:

Solo avisa al buen gusto que se guarde

De fabulones de *Roman de Pinos*.



A FELICIANO. *

EPISTOLA JOCOSA.

EN verso he de escribir, por mas que avaro

Guarde los consonantes con cien llaves

Apolo, sin querer prestarme amparo.

Versos duros serán, que los suaves,

Llenos de gracia, pompa y hermosura

Solo tú, Feliciano, hacerlos sabes.

Harto hace el triste Vate, que procura

* Se escribió en respuesta á un romance de dicho amigo, en que este le acusaba de inconsecuencia en la amistad, y le enviaba dos sonetos para que los censurase; el uno defectuoso por la demasiada repeticion del apellido *Capuzo*; y el otro de mas mérito. Los primeros versos del romance, sin los cuales no se entenderia la Epístola, son como sigue:

No canto del fiero Marte

Los peligrosos encuentros,

Ni canto opulentas villas

Ni derrocados imperios....

Mas de nuestra amistad canto

Los vínculos ya deshechos,

Que en ella por nuestro daño

Astarot hoy anda suelto.

Que once sílabas sigan á otras once,
 Formando procesion lánguida y dura;
 Y que si el primer verso acaba en *bronce*,
 El pobre á quien la carta se dirige
 Por fuerza ha de llamarse *Alonso-Ponce*;
 Pues la esperanza de esta ley no aflige
 Á aquel que, como tú, los consonantes
 Como entre peras sin temor elige;
 Tú, sí, razon será que siempre cantes,
 Sin que te valgan frívolas excusas,
 Y al cielo la sonora voz levantes.
 Tú que dejas las gentes bien confusas
 Dudando si las Musas te han soplado,
 Ó si tú eres el fuelle de las Musas,
 Y quédese entre el polvo sepultado
 El infeliz Poeta á quien abate
 De Amor el yugo, y la opresion del hado.
 Pero á tí del Parnaso, inclito Vate,
 Cuyos versos sin duda Apolo encierra
 Dentro de algun lucido escaparate:
 Á tí te toca levantar de tierra
 Mi desvalida Musa, y darla el fuego

Que á todo ingenio en tu romance aterra.
 Yo siempre á los romances tuve apego,
 Pues con ellos su vida el ciego gana,
 Y á mí me falta poco para ciego.
 Principias á lo autor de Araucana,
 Y en decirnos las cosas que nos cantas
 Se va medio romance y la mañana.
 Acabas el exordio, y ya me plantas
 Un pedimento en tono de abogado,
 Con el cual de patillas me levantas.
 Dices que en el correo no has hallado
 Carta mia al llegar á ese destino;
 Y á mí ¿quién me escribió que habias llegado?
 ¿Soy acaso profeta ó adivino?
 Lo que está junto á mí veo con pena,
 ¡Y veré á ochenta leguas de camino!
 Sin culpa tu cariño me condena:
 Yo no pude saber si tu navío
 Dió fondo en el Ferrol ó en la Cayena.
 Presida nuestro amante desafío
 La Diosa Astrea; su justicia invoco,
 Que diga si el error es tuyo ó mio.

No conozco á *Astarot* mucho ni poco;
 Pero pues sientes tanto que *ande suelto*,
 Sin duda debe ser un grande loco.
 Abandonar la carta habia resuelto:
 Mas ya que en estas rimas infelices
 Involuntariamente me hallo envuelto,
 Vamos á los Sonetos, que me dices
 Te dé mi parecer sobre ellos: digo
 Que son composiciones muy felices.
 Pero no he de callarte, como amigo,
 Los reparos de cierto apasionado,
 Que gran reputacion goza conmigo.
Capuzo (dice el tal) muy obligado
 Te debe estar, pues su renombre acreces,
 Haciéndole sugeto muy nombrado.
 Y quien lea los versos que le ofreces
 No acabará del todo la lectura
 Sin nombrarle á lo menos siete veces.
 Á fe que dice el tal la verdad pura:
 Tanto poner el nombre del sugeto
 Huele á ripio á cien leguas de andadura.
 Y aquel *Capuzo* del primer cuarteto

Tal capuzon quisiera yo que diese,
 Que á salir no volviera en el Soneto.
 Ojalá este el reparo único fuese
 Que en la frente ceñuda y arrugada
 Al rigido Censor se le pusiese.
 Siguió pues la lectura comenzada,
 Llegó á aquel *casi llora*, y al instante
 Dijo: esto no me gusta *casi nada*.
 Quitale al llanto el *casi* de delante;
 Y déjale llorar á rienda suelta,
 Que no es lo mas impropio en un amante.
 Ya tu composicion quedaba absuelta
 Por lo demas; pero el Censor de pronto
 Dijo con voz irónica y resuelta:
 „Ó yo vivo engañado como un tonto;
 Ó aqui hay un disparate positivo.”
 Yo á responder en tu favor me apronto:
 ¿No dicen que á su ausente con un vivo
 Amor esa Amarilis correspondé?
 Luego no viene á pelo *amor esquivo*.
 Señor, yo dije, á nadie se le escondé
 Que de aquello á que fuerza el consonante

Ni el Poeta mas clásico responde.
 Si en vez de *pensativo*, vacilante
 Hubiera puesto en el renglon primero,
 No fuera *esquivo* amor, sino constante.
 Amigo, el consonante y el dinero
 Son dos cosas que en este mundo triste
 Por las mas poderosas considero ;
 Pues asi como el rico á quien asiste
 Un buen bolson de mejicana fruta
 La fragil castidad no le resiste ;
 Asi acabando un verso en *absoluta*,
 Á muger que se mete en el siguiente
 Su honor el consonante la disputa,
 Con esto el escrutinio impertinente
 Tuvo fin, y el Sonetó á *Proserpina*
 Por todos fue aprobado de excelente.
 Si tu curiosidad tenaz se obstina
 En conocer al reprensor adusto
 Que tan inexorable te examina:
 Sábete que es un Griego que de Augusto
 El siglo conoció, y en su palacio
 Fue alojado, su nombre es el Buen-gusto.

Floreció con Virgilio y con Horacio;
 Y muertos ellos se acogió al Parnaso,
 Donde vivió escondido largo espacio:
 La española Talía no hizo caso
 Jamas de él, y no fuera conocido
 Á no ser por el jóven Garcilaso.
 Este habiendo la Italia recorrido,
 En un valle se ve que le restaura
 Con mil aromas el vigor perdido.
 Sonando el agua, y murmurando el aura,
 Y respondiendo el eco, esparcen solo:
 „Aquí Petrarca suspiró á su Laura.”
 Y sobre el solitario mauseólo
 Reclinado el Buen-gusto se lamenta
 De la perdida Musa al rubio Apolo.
 Entonces Laso á visitar le alienta
 Las desvalidas Náyades del Tajo,
 Y los pastores que cantar intenta,
 Á nuestra España á su pesar le trajo,
 Cuyo vulgo poético al buen viejo
 Recibió con estéril agasajo.
 Viendo como en un claro y fiel espejo

En él su barbarismo retratado,

Tomaron el huirle por consejo.

Fue el número de amigos muy contado

En aquel feliz tiempo, que en el nuestro

Á dos indiferentes no ha llegado.

Este divino y singular Maestro,

Cuyas huellas seguir procuro en vano,

Me dictó los errores que te muestro.

Resignacion y enmienda, Feliciano.



 CRITICAS DEL TEATRO.

ADVERTENCIA.

EL teatro español, cuya prodigiosa fecundidad en piezas originales ha servido por mucho tiempo de emulacion y asombro á las demas naciones, se ve en el dia oscurecido y abrumado por el sin número de traducciones del frances con que, presumiendo enriquecerle, le han empobrecido los mezquinos traductores. No son regularmente las obras de los primeros ingenios de Francia las que nos regalan, sino producciones medianas ó de segundo orden, cuyo principal efecto y artificio consiste en preparar, por medio de una serie de diálogos prolijos y mal hablados, una catástrofe horrorosa é inverosímil: como son los asesinatos alevosos ejecutados con todos sus atroces pormenores á vista del espectador; los tribunales de justicia con todas sus

fórmulas pesadas y antipoéticas; y últimamente el espectáculo asqueroso de los cadáveres destrozados en los cadalsos.

En tales monstruos escénicos hemos estado bebiendo sin sentir las máximas, usos y costumbres de la revolución francesa, en vez del honor y fina cortesanía que nos recuerdan nuestras antiguas comedias. Uno de los dramas que se grangearon mas número de esta clase de admiradores fue la que se intitula tragedia de *Blanca ó los Venecianos*: pieza contraída á las circunstancias particulares de la conquista de Venecia por los franceses; y en la cual para derripar un Gobierno, por quien era el Estado Veneciano una república rica, independiente, y llena de prosperidad, se le procuraba hacer odioso, y excitar el interes á favor de un frances aventure-ro. Este da motivo á la tragedia con quererse casar con la hija de un senador contra la voluntad del padre, que la queria dar á otro senador (como es el órden); y el frances, desde una capilla en que tenia cita con la niña, escaparse á la llegada del padre por un agujero á casa de un embajador; lo

que estaba prohibido con pena de muerte por una ley con que empieza la accion dramática: hasta que llamado el frances á juicio, no se quiere disculpar de rabia porque el carcelero le dijo haber visto casarse ya á su querida; y asi sufre la pena de garrote, de que se da espectáculo al público con ridicula y asquerosa perspectiva. Esta pieza, tan hija de la politica napoleónica, fue ejecutada con la mas rigurosa pantomima ó imitacion de los actores de Paris: esto es, con gritos, gestos y aullidos del mal gusto moderno en aquella capital. De todo lo cual se burla el Autor en la siguiente sátira de un modo bastante distinto para poder prescindir de la vista de los originales.



REFLEXIONES DE ENTRE ACTOS HECHAS EN LA
TRAGEDIA DE BLANCA Ó LOS VENECIANOS.

C'est un droit qu'à la porte on achete en entrant.
Boileau Art. poétiq. chan. III.

♦♦♦
SÁTIRA.

¿EL Senado en el foro á que se junta?
¿Qué negocio le trae?—Brava pregunta!
El ver unos amores de novela
Mejor que desde el patio ó la cazuela.
—No es mala impertinencia de Señores;
Vaya, diviértanse los Senadores:
Pues con su compañía reverenda,
Cuatro retruecanillos de contienda,

Un Frances entre tantos sacristanes,
 Que se mueven cual mazos de batanes,
 Y entre dos de ellos de familia un pacto,
 Cátate concluido el primer acto.
 — ¡Hola! Censor, pasito, con sosiego;
 Aquí tu laconismo es puro griego:
 Por uno que te entiende ó te interpreta,
 Hay ciento de cuchara de bayeta;
 Y con aquel candor con que han tragado
 Dos tribunales y un ajusticiado,
 Clamarán: ¡ impostura manifiesta!
 Digo, ¿ es lance de amor una ley puesta
 En tela, y aun dictada, que condena
 Á todo Embajador á cuarentena?
 ¿ Y un espion frances hecho togado
 Porque de un soplo aseguró un Estado?
 Esto dirán, y quedarán muy vanos.
 — ¿ Si? pues yo les diré, besaos las manos,
 Señores; mas prosigan su camino,
 Que yo hablo solo aquí con mi vecino,
 Que al ver escena plena, y tanto estruendo,
 Todo es rascarse y bostezar diciendo:

¡Qué es de la exposicion, que no la hallo!
 ¡Cuándo sale con treinta de á caballo,
 Pues abertura anhelan bien brillante,
 Ese protagonista que nos cante,
 „ Aquí verán el fin mas desgraciado
 Del hombre mas sin gracia enamorado!“
 — Yo por mas que le digo que allí votan
 Senador al que luego le acogotan,
 Que la causa es amor, y este el suceso
 Que anuncia de Venecia el gran congreso,
 Y á mas que hay procesion: calla ó me humilla,
 Diciendo ser tragedia gigantilla
 Con enorme cabeza y cuerpo enano.
 El hombre es material, se aplica al grano:
 En punto de interes no gasta flema:
 Yo por no airarlo mas sigo en mi tema,
 Que el interes de accion se queda intacto
 Despues de concluido el primer acto.
 Segundo. ¿Lugar nuevo, escena aparte?
 Pues vamos con la música á otra parte.
 Ya tenemos á Blanca la rollona
 Muy cariacontecida y remonona,

Que quiere, si el autor no lo remedia,
 Casarse. — Pues que vaya á la comedia.
 — No señor: que la anima el gran deseo
 De morir cual esposa de Teseo;
 Y ya por este mes la llega el turno
 De ensangrentar con gloria su coturno.
 — Vaya pues, que se muera como pueda;
 Y el viejo torbellino es quien lo enreda,
 Proponiendo á la chica un matrimonio
 Con quien no puede ver mas que al demonio.
 ¿Y el novio? Ellos se entienden; por supuesto,
 Y era la primer vez que hablaban de esto,
 Resortes son del arte, aunque no exactos,
 Pero excelentes para llenar actos.
 — Resorte que del arte es el oprobio
 (Grita el vecino); y sin mentar el novio,
 ¿Quién vió jamas matrimonial contrato?
 ¿Cómo pudo ese viejo mentecato
 Pensar llegase á adivinar su hija
 Que para yerno suyo el padre elija
 Á su antiguo rival, si ella es testigo
 De que á él se le sentaba en el ombligo?

¿Esta es tragedia, fábula ó conseja?
 — Esos si son eserúpulos de vieja;
 Y esta es una de aquellas fruslerías
 Que yendo dias y viniendo dias
 Suceden una vez : no es ley expresa
 Que ocurra en sociedad de sobremesa,
 En visita, en paseo ni en el coche,
 Y ocurrió en el teatro aquella noche.
 No hay que dudarlo, el viejo es un buen hombre,
 La Blanca ¡un alma! asi como su nombre;
 Y esta credulidad, que ofende á tantos,
 Es lo que yo les hallo de mas santos.
 Márchase el viejo á prevenir la dote,
 Como diciendo para su capote:
 La chica ya se hartaba de soltera,
 Y por casar se casa con cualquiera.
 Y aqui entra Moncasin : á muy buen tiempo
 Viene con sus requiebros de entretiempos;
 Pues casi ya le abraza la muchacha,
 Cuando hétele, que en chupa y sin garnacha
 Capelo, el personage de interes,
 Aunque no el menos bobo de los tres,

Sale diciendo : yo soy el dichoso,
 Blanca está lela, Moncasin zeloso,
 Capelo en babia, y regañando á trio,
 Se dicen poco, malo, turbio y frio;
 Se comunica á la luneta el hielo,
 Y el telon de fastidio viene al suelo.
 — No viene al suelo, que se tiene en vilo;
 Ni asi, ó censor, de tu tijera al filo
 Cercenar quieras el mejor pasage,
 Cuando Capelo dice en buen language:
 ¿Tres en lance de amor? alguno sobra;
 Yo me voy, perdonad la mala obra.
 Que se quedan los dos mustios, sombrios,
 Temblando en convulsion de zelos frios,
 Que él incendios vomita por el pronto;
 Mas luego de la niña á un *calla tonto*,
 La bandera pacifica tremolan,
 Y que se arrullan, y que se atortolan.
 — Déjame, pues tan lindo te parece,
 Si no quieres que silbe, que bostece.
 ¡Yo he de ver vuelto en frio parasismo
 Ese rayo del fuego del abismo

Llamado amor! pasión gigante y fiera,
 Que no halla en leyes freno ni barrera,
 Término en la razón que la deslinde,
 Que se arroja á la muerte, y no se rinde.
 ¡Alma de Fedra, infierno de Hermiöne!
 ¡Quien en bocas tan frías te pone!
 Que en dos escenas no hallan mas consejo
 Que el de implorar á un negativo viejo;
 ¡Qué viejo, ni poder, ni padre media
 Ante el trágico amor! que si en comedia
 Es risueño y versátil cortesano,
 En la tragedia es déspota tirano.
 ¿Y he de oír no su estilo conveniente,
 Apasionado, enérgico y ardiente,
 Sino la turbia y tibia algarabía,
 Como entre septentrion y mediodía,
 Siempre glosando aquella frase rancia
 De sensibilidad y de constancia,
 Nunca escogida, y siempre chabacana,
 Que á nuestra pobre lengua castellana
 Levanta mil franceses testimonios?
 Venga abajo el telon con mil demonios.

Tercer acto. Yo debo estar enfermo,
 Porque aqui está lo bueno, y yo me duermo.
 Sobre el cambio de un novio, que ella odia,
 Sale Blanca á cantar la palinodia
 Jugando de entendique y de penseque.
 „Pícara, dice barbas de tembleque,
 Á ver el novio:” y se aparece entre ellos.
 ¿Quién lo trajo? El autor por los cabellos.
 El mismo que antes hizo noche al viejo,
 Diciendo lo llamaban á consejo;
 Y el que se lleva con cualquier pretexto
 Al mueble que en la escena le es molesto.
 No bien se han visto, y se arma la camorra,
 Y los gritos del juego de la morra:
 En vil figon á convertirse viene
 La grandiosa mansion de Melpoméne:
 Todo es equivocar con el exceso
 De dos perros que rabian sobre un hueso
 Su expresion noble y su clamor sublime;
 Pero el pulmon por mas que los anime,
 Nunca en el corazon serán sentidos
 Furores que desgarran los oidos.

— Señor, que aquí hemos visto muchos meses
 En Francia declamar. — ¿ Y los franceses
 Solo saben gritar? ¿ y qué esas gentes
 No hacen llorar un rato á sus oyentes?
 ¡ Y semejante zambra y gritería,
 Tal disonancia y confusion podria
 El tono ser jamas que inmortalice
 Las lágrimas de Tito y Berenice!
 Talma el modelo fue: ¡ oh! que ese Talma
 Podrá prestar su gesto, y no su alma.

El pasmo de la escena es cuando el viejo
 Se está en sus trece; y el bribon cortejo
 Se echa á sus pies á hacer la gatatumba;
 Y luego le da un grito que le tumba.
 Malo ve el pleito, y lo remata á voces,
 Se retira hácia atras, ojos atroces,
 Gesto.... pero el pincel aqui refreno,
 Que en mala situacion no hay actor bueno.
 ¿ Quién no dirá tras de una voz tan recia,
 Que quien la dió se tragará á Venecia?
 Pero nunca dirán con mas razon,
 Grito de montes, parto de raton.

Acto cuarto. Aparato penitente,
 Lámpara, altar, y Blanca la doliente,
 Que antes de dar al duro yugo el cuello
 Tiene dada una cita al frances bello
 En la misma capilla. — Pero boba,
 Mejor que la capilla era la alcoba:
 ¡ No habrá lugar para un favor siquiera!
 ¿ No ves que Barba-cana alli te espera,
 El señor cura y toda la pandilla,
 Que te quiere casar con el Golilla?
 ¿ Si ellos vienen; cuitada, en qué escondrijo
 Lo podrás ocultar? — ¿ Qué quieres, hijo?
 La fatalidad trágica me asedia.
 — Hija, es verdad, fatal es tu tragedia.
 Por lo que es cuenta, el tibio galan llega,
 Le propone la fuga, ella se niega;
 Y no sé yo si el sitio de la cita,
 El santo altar, ó lámpara bendita,
 Les sugiere la fuerte tentacion
 De ponerse los dos en oracion.
 Sin duda se diria por tal caso
 Que amor y devocion distan un paso.

Y estando de rodillas los devotos,
Haciendo, en vez de amor, extraños votos
De no tener mas zelos (que es empeño
Como el de no tener hambre ni sueño),
Sin dejarles decir amen siquiera,
Cátate la legion casamentera,
Que á turbar viene el místico recreo
Cantando letanías á Himeneo;
Y tras de tanto triunfo y tanta gloria,
Que la tragedia omite, y aun la historia,
El héroe paladin de las bravatas
Se va por un boquete medio á gatas,
Á lo raton, que enfile el agujero
Cuando siente la llave en el granero.
Los tiranos se agarran de la hermosa,
Y al enlazar su mano con la odiosa
Del Senador, la ninfa se amortigua;
Y aqui, amigos, la historia no averigua
(No será estilo en trágicos enredos)
Si á lo menos las manos por los dedos
Se llegan á tocar, ó dando en vago
La bendicion nupcial quedó en amago.

Muchos el matrimonio dan por huero ;
 Mas lo abonamos yo y el mandadero :
 Él, porque á Blanca vió tendida y yerta
 Al pie de un novio, y con la mano abierta ;
 Siendo ; quién sabe ! estilo veneciano
 El dar la pata á la que da la mano ;
 Yo por ver solo un medio en tal pasage
 De introducir á un nono personage,
 Quien sin tener carácter bien notorio
 Al pobre Moncasin ni al auditorio,
 Es de su muerte el movil fidedigno :
 Resorte igual no es del coturno digno.
 No es sostener cautiva en esta parte
 Nuestra ilusion, que es la verdad del arte ;
 Ni es dar al nudo solucion bastante,
 Ni es conducir la accion interesante
 Á su fin necesario y lastimero,
 Sino arrastrar la res al matadero.

El quinto no matar da el catecismo,
 Y el precepto de Horacio da lo mismo :
 No matar en la escena, ó por lo menos
 No destrozár los corazones buenos.

Esto al Autor de Blanca importa poco,
 Nos trata como á niños con el coco;
 Nos ofrece por acto un desvarío
 Como noche de invierno negro y frío:
 Nos hace el bú con lúgubres capuces,
 Foro enlutado y funerarias luces,
 Anuncios del entierro del buen gusto;
 Mas lo improbable amansa cualquier susto.
 ¿Cómo, si es compasivo el carcelero,
 Se divierte en burlar al prisionero?
 Pues aunque pudo ver la nupcial hacha,
 Nunca vió se casase la muchacha.
 Será la sombra del poeta acaso,
 Que fuerza el lance por salir del paso.
 ¿Dónde está ese carácter tan honrado
 De Capelo, que viendo que el culpado
 Es su triste rival, incontinentemente
 No se tiene por juez incompetente,
 Se levanta ligero de la silla,
 Y cuelga de una percha la golilla?
 ¿Y aquel secretar con el fantasma
 Padre, que al cabo ha de morir de asma?

¡ Tanto sin caridad bufa y rebufa !
 ¡ Tanto sacude la peluca bufa !
 ¿ Y el otro juez de palo allí tendido
 Mientras los dos se hablaban al oído,
 Tostando una poltrona, hecho un panarra :
 Tocándose en la tripa la guitarra ?
 ¿ Qué diré del hipócrita Capelo
 Cuando entra Blanca, y se levanta el velo,
 Que pide se examine aquel testigo,
 Que se suspenda el bárbaro castigo,
 Y nos la viene á echar del justo juez
 Cuando al otro le han roto ya la nuez ?
 Si la maldad humana es tan impía,
 Nunca engaña con tanta grosería :
 Tribunal tan infame, si es que existe,
 Melpoméne orgullosa lo resiste.
 ¡ Patibulo en las tablas ! vil capricho !
 Remendon de coturnos, ¿ quién te ha dicho
 Ser fuente de las trágicas pasiones
 El que es lecho de muerte á los ladrones ?
 ¿ No sabes, infeliz, que no conviene
 Sino el noble puñal á Melpoméne,

Cuya herida y la sangre que derrama
 Al cadáver que cubre nunca infama?
 Que la sangre vertida es lastimosa,
 Y sangre agarrotada es asquerosa?
 Que el terror es placer de almas sensibles,
 Y el horror de caníbales horribles?
 Que deslumbrar los ojos y no el juicio
 Es de linterna mágica el oficio?
 Déjale sus ahorcados y sus brujas;
 Mas si en la escena tú la sobrepujas,
 Algun niño es verdad romperá el llanto,
 Alguna madre abortará de espanto;
 Pero el varon sensible y de buen gusto
 Oye cual grita con desprecio justo:
 ¡Y solo á Moncasin le dan garrote!
 ¡Pues qué el Autor no tiene su gañote!
 Asesinar el gusto es su delito;
 ¿Por qué no va si quiere ancho, expedito,
 Juntar gran turba, y jueces bien propicios,
 De gente que se educa en los suplicios,
 Con sus ajusticiados á la plaza,
 Y el trono de *Racin* desembaraza!

¡Ó Musa! tú, cuyo favor implora
 Ultrajado el Buen-gusto, y vengadora
 Los dardos todos armas en su auxilio
 De Juvenal, de Persio y de Lucilio,
 Serena el pecho airado, y sin enojos
 Vuelve un momento los amables ojos
 Hacia el Vate, á quien rígida fulminas:
 Tú verás que del Pindo en las colinas
 Á resonar su nombre á veces viene,
 Que favorable á veces Melpoméne
 Su inspiracion le vierte en larga vena,
 Y de su patria atónita la escena
 Al ver á *Oscar*, ó *Mario* el de *Minturno*,
 Tembló bajo la estampa del coturno.
 Si aquel Genio que entonces ha brillado
 Es ya un astro sangriento y eclipsado,
 Vuestra es la culpa, ó Musas inconstantes,
 Que hoy arruináis al que elevásteis antes.
 Vuestros caprichos son nuestras excusas:
 ¡Ó leve sexo! ¡ó sueños de las Musas!
 Al mismo Homero alguna vez fatales,
 ¡Por qué dormís también las inmortales!

Y vosotros, en fin, paisanos míos,
 Que incautos á los nuevos desvaríos,
 Vais á templar las penas verdaderas
 Con alegres ó tétricas quimeras
 En la escena, la moda halló el secreto
 De que arrumbeis de Lope y de Moreto
 Las piezas por antiguas ó ramplonas.
 ¿Y al fin qué os da? Francesas cucamonas.
 Débil para arredrar vuestro deseo
 La lluvia ó nieve, henchis el coliseo;
 ¿Y allí qué veis? El cielo me confunda.
 Antes que oír la loca barahunda
 Con que en honor del desbarrado ingenio
 Haceis temblar los arcos del proscenio,
 Y aplausos dais que Apolo no reparte.
 ¿Pensais gozar de Sófocles el arte
 Cuando de horrendas farsas sois testigos?
 ¡Ah! perdonad; no es eso ver, amigos;
 Eso es tener dos ojos en la cara,
 Hechos como con palo en simetría,
 Por donde entra la luz comun del día,
 Mas no los rayos de la ciencia clara.